

En la Edad Media hubieran asegurado que al cumplir la mayoría de edad, en las noches de luna llena, se convertiría en hombre-lobo como castigo por haber nacido el día de Navidad. Pero en la ciudad de Junín, en diciembre de 1944, seguramente nadie recordó la siniestra tradición y Germán Leopoldo García no fue mo'estado con fantásticas predicciones ni absurdos exorcismos. “vivíamos en un barrio tan pobre que ni uno hubo jamás que ganara la lotería, ni mucha plata en la quiniela, ni que tuviera demasiadas horas extras que, como se sabe, se pagan dobles”. Desde los 8 años vendió escobas y cepillos, compró botellas vacías

y objetos de plomo, trabajó en un taller mecánico junto a su padre y en 1962, cercado por la chatura del medio, cuando ya había escrito innumerables poemas y algunos cuentos, viajó a Buenos Aires. (“Buenos Aires fue un sopor lento y estirado, un chicle. Fue el dolor de la pesadez: es la vida que no elegí y de la cual no me puedo desprender”).

Pocos días le bastaron para saber que su vocación no era la herrería de obra y abandonó las soldaduras por un puesto de cadete en una tienda que le daba tiempo para estudiar en un colegio nocturno, donde algunos profesores, como Rodolfo Kusel, le descubrieron un mundo insospechado. Se sumergió en *La rebelión de las masas* de Ortega y Gasset, en Cocteau, Gide y Camus; desordenadamente comenzó a frecuentar ensayistas, sociólogos y filósofos. Luego, como recuerda en su novela, intentó corretear “libros-que-se-venden-solos”, también sin éxito; volvió un tiempo a Junín, se casó y ancló finalmente en una conocida librería de la calle Corriente.

De esos 23 años han quedado, además de un hijo de un año y medio, una novela “que hoy habría que reescribir íntegramente porque estaba mal encarada” (*Cocherrojo*), una novela corta “que tal vez se publique”, *Nanina*, y los apuntes de Viraje, un libro que todavía puede llevarle 2 ó 3 años de trabajo.

Se refiere con entusiasmo a la reciente novela de Manuel Puig, *La traición de Rita Hayworth*: “Acaso él mismo no alcanza a percibir la trascendencia de lo que ha escrito” dice, y agrega que el problema fundamental de la literatura argentina es que “nadie se anima a plantearse en serio que nuestros autores son de tercera categoría y que en general no pasan del nivel mediocre que en otras partes estaría dado por Julien Greene, por ejemplo”.

Cree que el desafío está planteado en términos de lenguaje, “porque hoy la elección de un lenguaje es también la elección de una actitud” y no se contradice con *Nanina*, una desolada enumeración de recuerdos. (“A lo mejor, escribir es una forma de enumerar”, dice), realizada desde adentro de las palabras, a partir del idioma cotidiano. Allí Germán García acumula recuerdos, los mezcla, los macera, devolviéndolos como si los proyectara en un *aleph* privado (ese rincón donde Sherezade conjeturaba que en un mismo instante se reflejaban simultáneamente todos los hechos y los hombres de la historia), una pantalla reducida a los

mínimos sucesos de una minuciosa autobiografía carente de grandes sucesos: sórdida, triste, sobrecogedora, provinciana; un collage que parece brotar de una moviola enloquecida donde la vida surge desordenada, desparramándose sobre el lector, agrediéndolo con un aluvión de imágenes, obligándolo a participar en el libro, a integrarse en él o a abandonarlo como se huye de una experiencia inédita que puede esconder algún peligro secreto.

*Nanina*, una gata que aparece y muere en el primer capítulo, no es más que un símbolo, la ruptura con la libre ingenuidad de la infancia para penetrar en otro mundo, repleto de represiones, angustias y también lucidez. Toda la soledad, los temores y los prejuicios de la adolescencia se reflejan en esos párrafos despiadados que recuerdan más a una confesión que a una novela. García, pese a que afirma que “no se puede correr una cortina sobre todos los libros leídos”, escribe como si tratara de inventar la literatura. A pesar de las citas, de los nombres que recorren el libro y su conversación (Céline, Miller, Marcusse, Freud) la experiencia de *Nanina* comienza en cero; a partir de vivencias que solo le pertenecen a ese chico que se acostumbró a presenciar los delirios de su padre, a ese muchacho solitario que una noche durmió junto a un borracho en un umbral porque no tenía un peso en el bolsillo, a ese hombre que cada madrugada escribe furiosamente tratando de encontrar la clave de las palabras a través de la autenticidad, convencido que solo de esa manera se puede hacer una literatura viva, vigente, perdurable.

H. S. - Análisis, 7-8-1968.